

más joven, Anne, en 1617 sólo tenía seis años. A finales del mes de marzo de 1618, René tenía veintiún años. Las reglas de la mayoría de edad eran bastante complejas; pero desde entonces pudo ya elegir su camino sin que se sepa si a su padre le disgustó menos verlo partir al ejército que más tarde «encuadrado en piel». En todo caso, nunca fue «destinado al servicio del rey», como dice Baillet, un poco incómodo de verlo partir hacia Breda.³⁷ El biógrafo creyó también que Descartes había empezado en París investigaciones científicas y sólo se enrolaba en el ejército para viajar, como espectador más que como actor. Pero esta fórmula que repite a menudo, aunque en realidad es de Descartes se fue precisando poco a poco, y se refiere a la primavera de 1620: «El invierno —dice— no había terminado aún cuando me puse otra vez a viajar», y a «rodar aquí y allá por el mundo, intentando ser espectador más que actor en todas las comedias que en él se representan».^a Se ignora si sólo asistió a batallas o participó en el principio de esa guerra que iba a durar treinta años...

a. DM 3; AT VI, 28.

III. DOS AÑOS DECISIVOS

Descartes le habría dicho a Schooten que se quedó en Breda quince meses.^a Entonces, si se marchó a finales de abril de 1619 debió de llegar a principios de 1618. Es posible. Parece no temer al frío en los países donde saben defenderse de él. Y para aprender el oficio de las armas, no podía ser en estos «cuarteles de invierno», donde descansaban los militares cuando el mal tiempo interrumpía las batallas. Además de prepararse para la guerra, los voluntarios tomaban cursos de arte de las fortificaciones, de perspectiva y de lengua flamenca.¹ Baillet recuerda que Maurice de Nassau —que al morir su hermano en febrero de 1618 se convirtió en príncipe de Orange— era matemático, experto en el arte de las fortificaciones y en el arte militar, buen político y gran guerrero.^b Gustaba de rodearse de sabios como Stevin y J. Alleaume. Y a veces se ha supuesto que Descartes entró en relación con ellos, aunque algunos objetan que probablemente no estaban en Breda, como el jefe, cuando llegó Descartes. Poco importa, porque el joven voluntario desconocido no tenía ningún motivo para acercarse a ellos personalmente, y Descartes demostrará más tarde que entonces no había leído a Stevin. Lo acompañaba un criado, seguramente venido de Francia, con el que piensa quedarse cuando quiere ir a Alemania.^c Descartes, que al alistarse no había recibido nada más que una moneda simbólica, cosa que debía de satisfacer su desprecio por la riqueza, proveía para los dos. Pero, ¿cómo se hospedaban? Él, que ya en el colegio tenía una habitación para

a. AT X, 646.

b. T. I, p. 441.

c. A Beeckman, 26 de marzo de 1619; AT X, 259.

poder reflexionar en paz, se queja del tumulto ambiental al final de un pequeño escrito de música que ofrece a Beeckman: se opone a la «ignorancia militar» de su entorno mientras que él también está «ocioso y libre».² Libre por sus aspiraciones, que ya entonces tienen una dirección bien diferente, y porque despreciaba el libertinaje de sus compañeros.³ Pero su ociosidad era contagiosa y en su primera carta a Beeckman dice estar «desocupado según su costumbre».^a Y le agradece: «sólo vos me habéis sacudido mi indolencia».^b

¿Qué hubiera sido de Descartes, después de estos diez meses, en que ya estaba decepcionado, aparte de haber simpatizado verdaderamente con algún compañero, si no hubiera conocido a Isaac Beeckman *por casualidad*? «Por casualidad y no por elección», dirá con maldad cuando rompieron violentamente en 1630,^c porque Beeckman se presentó a Mersenne como inspirador de este texto sobre música que Descartes le había *dado*.^d Beeckman, que vivía en Middelburg, había venido a pasar algunas semanas a casa de un tío en Breda, para ayudar en la matanza del cerdo para las fiestas de fin de año, y también con la esperanza de encontrar mujer; tenía veintiocho años. Después de su regreso a Middelburg, Descartes le preguntará si todavía le preocupa el matrimonio:^d se casaría justo un año más tarde pero sin participárselo a Descartes, que había partido para Alemania, cosa que interrumpió sus relaciones durante casi diez años. Esta precisión despeja cualquier ambigüedad de relaciones tan calurosas, según las cartas de principios de 1619, que podrían sugerir un cariño excesivo: todas terminan con protestas amorosas: «¡Quiéreme como yo te quiero!»; pero no es una fórmula excepcional sino que vuelve a aparecer más tarde en otras cartas con tono mucho más moderado. Y la «familiaritas» que afirma Descartes traduce el cariño profundo, como por un hermano mayor.⁵ Tuvo ya verdaderos amigos en el colegio,⁶ y más adelante tendrá muchos más, con varias decepciones, o incluso rupturas, a veces pasajeras, como en este caso.

a. 24 de enero de 1619; AT X, 151.

b. 23 de marzo; *ibid.* 162.

c. 17 de octubre; AT I, 167.

d. 20 de abril de 1619; AT X, 161.

Antes de enseñar a dominar las pasiones, Descartes sintió unas muy fuertes.

Pero esta amistad es excepcional porque contribuyó a modificar toda la orientación de Descartes. Beeckman ejerció sobre él una fascinación intelectual al dar a su espontánea atracción por las matemáticas un alcance científico mucho más amplio que las aplicaciones técnicas que consideraba tan poco elevadas. Lipstorp relató su encuentro ante un cartel que proponía un problema matemático en flamenco, sobre el cual el joven francés le pidió en latín alguna aclaración a este neerlandés que lo estaba leyendo; inmediatamente se lo tradujo al latín, y Descartes propuso traer pronto la solución, cosa que Beeckman no esperaba de ese joven militar. A veces se da poco crédito a esta anécdota, porque se cuenta igualmente de otros, como el matemático Viète. Era entonces costumbre proponer a los transeúntes reflexiones a veces arduas: más de treinta años después, Descartes verá sus principales tesis filosóficas atacadas públicamente en el «cartel» de este Henry De Roy, que en un principio había tomado por un verdadero discípulo. Otra curiosa casualidad fecha este encuentro el 10 de noviembre, víspera de San Martín, patrón de la Turena, ocasión de grandes fiestas. Y los dos años siguientes, los días 10 y 11 de noviembre, Descartes vivirá experiencias intelectuales excepcionales, y en 1619 pasó una noche agitada por unos sueños, que son quizá el punto culminante de la toma de consciencia de una orientación nueva. G. Cohen describe la velada anterior a los sueños suponiendo que Descartes estaba emocionado por el aniversario del encuentro de 1618. Pero se ignora si se había fijado en la fecha, conocida únicamente por el *Diario* de Beeckman.⁷ Cuando se enfadaron le reprochó su manía de fecharlo todo, tan valiosa para los historiadores porque la reserva del joven militar dejaba bastantes zonas de sombra... «Ayer, 10 de noviembre, en Breda un francés del Poitou se esforzaba en demostrar que en realidad el ángulo no existe»: esta paradoja puede haber sido perfectamente objeto de un cartel público que excitara la imaginación de Descartes. Parte de la definición de todo ángulo por el concurso de dos rectas en un punto; luego juega con la multiplicidad de rectas que pueden recortarse de ese modo para anular la realidad de este punto. Cuando Beeckman, más

adelante, relee su *Diario* puso subtítulos, introduciendo por primera vez el nombre «Des Cartes» (en francés), que planteó *mal* que no había ángulo... No todo está fechado, pero la página donde vuelve a aparecer por primera vez «René, el de Poitou» es poco posterior al 17 de noviembre. Son fantasías juveniles: cómo elevarse por los aires un hombre sentado en una peonza si puede hacerla girar suficientemente rápido. Leonardo había pensado en vehículos equilibrados que avanzaban por el aire; Descartes pasa en seguida al lanzamiento de cohetes por la potencia de un motor turbulento. Luego (con el nombre seguido de «Picto», el de Poitou, que lo designará en los fragmentos siguientes) viene una primera nota sobre la vibración de las cuerdas y la altura de las consonantes.⁸ Otras reflexiones musicales lo vuelven a nombrar, un poco más adelante: Descartes sabía que su nuevo amigo partía al final de curso y redacta para él un *Compendio de música*. Justo después de esta primera anotación, aparece el texto más importante para concretar lo que Beeckman le hizo descubrir a Descartes. El subtítulo posterior es: «*Physico-matematici paucissimi*», que muy pocos son los fisicomatemáticos: Descartes dice «no haber encontrado nunca a nadie, excepto su amigo, que utilice esta forma de estudiar [...] y una con cuidado la física y la matemática» y entre las dos aserciones, proclama: «de lo cual yo me alegro».^a Y sigue Beeckman, «yo tampoco le he hablado nunca a nadie de esta clase de estudio». Después de morir en 1637, su hermano publicará un parte del diario de Beeckman con el título: *Mathematicorum-physicarum meditationes...* (Utrecht, 1644), «Centurias de reflexiones, cuestiones, estudios de matematicofísica». Cuando en 1630 se pelean, Descartes se burla de «las fantasías de su matematicofísica», comparándolas con cuentos para niños.⁹ Esta palabra había sido empleada por Beeckman, en una carta (perdida), que explica la violencia con la que reacciona Descartes más adelante; después de elogiarlo, dice preferir su propia matematicofísica a sus conjeturas; «me colocabais un poco alto sobre un taburete —le responde Descartes— para volcarlo de una patada, y elevar más así el trono

a. *Gaudeo*: se podría casi leer: aquello de lo que me atrevo, *audeo*; AT X, 52.

de vuestra vanidad».^a La susceptibilidad de Descartes siempre fue muy fuerte. Y cuando tuvo sus primeros encuentros con Beeckman, que le descubría horizontes científicos insospechados, había afirmado que conocía a muchos jesuitas y estudiosos (*studiosis*) y sabios.¹⁰ Después de que Baillet se anticipara sobre los sabios que frecuentaba en París, antes de partir para los Países Bajos, G. Cohen ha llegado a preguntarse si no se trataría ya de Mersenne y de Mydorge, para finalmente sugerir: «quizá sean sus propias ideas lo que el de Poitou admira en su nuevo amigo».^b No puede haber contrasentido más total. El joven Descartes, gracias a su buena cultura matemática y a sus dotes personales, supera con facilidad a Beeckman en puntos concretos. Y cita a sus compañeros de La Flèche, futuros jesuitas que se preparan para la enseñanza de las matemáticas, y que trabajan igual que él sobre las obras del jesuita Clavius. Pero él no sospechaba que pudiera haber un vínculo entre las matemáticas y la física, que rechazaba entonces junto con toda la filosofía escolástica, de la que era el centro, combinando formas y cualidades. Desde finales del siglo XVI, al margen de la enseñanza oficial, se abandonan estas concepciones antiguas y unos sabios originales, a veces sin conocerse, plantean cuestiones nuevas. «Meditabundo y solitario [...], no frecuentaba a sus colegas», dice G. Cohen de Beeckman.^c Había leído a Stevin —Descartes lo hará más adelante—, pero ignoraba a Galileo. Entre los grandes problemas que propone a Descartes los dos principales fueron el tema de obras: de Galileo, la caída de los cuerpos, de Stevin, la presión del agua sobre las paredes de los vasos comunicantes. Los historiadores de las ciencias que han estudiado estos textos¹¹ se han asombrado de encontrar errores análogos e independientes. Se incluye el principio de la inercia. Descartes será el primero en formularlo exactamente, pero sólo después de 1630. En estos textos, como Beeckman, y también Galileo en sus inicios, postula la continuación indefinida del movimiento en línea recta y en círculo, según el modelo tradicional del movimiento eterno de los astros. En la

a. AT X, 164.

b. P. 378.

c. P. 375.

caída de los cuerpos, despreciando espontáneamente la variable «tiempo» (toda su física reposa sobre la equivalencia de los instantes), calcula¹² la progresión de las velocidades según el espacio recorrido; Beeckman, al transcribirlo, corrige sin indicar la diferencia. Sobre todo, aceptó sin discusión los puntos de partida de Beeckman, caída en el vacío y atracción constante de la tierra. Pero su indiferencia con respecto a la experiencia, propiamente física, es tal que, como por juego, la sustituye por una progresión siempre nueva de fuerzas de atracción, que arrastran la piedra con más fuerza ya que, en el vacío, lo que se mueve una vez se mueve eternamente.^a

Beeckman, en su *Diario*, refiere lo esencial de las soluciones de Descartes sobre la caída de los cuerpos, con la corrección mencionada. Luego más adelante transcribe los dos desarrollos que Descartes le había dado sobre la hidrostática, y sobre la caída de una piedra en el vacío.^b Y se encuentra una versión abreviada procedente del registro personal, en parte copiada por Leibniz.^c Otras cuestiones científicas se le comunican al que llama Isaac de Middelburg.¹³ Estos textos, justo después del *Compendio de música*, y paralelamente a las cartas dirigidas a Beeckman entre enero y abril de 1619, son la primera expresión de una reflexión que se elabora progresivamente y, paralelamente a los problemas científicos, muestran un ensanchamiento filosófico aún alejado del futuro cartesianismo, pero ya bastante más original que todo lo que escribió Beeckman. Éste lo trata de joven alumno, pero admira su facilidad para superar, incluso rodear, las dificultades, sin preocuparse demasiado por la exactitud. Y como se alegraba de haberle hecho descubrir la fisicomatemática, subraya en su *Diario* con ingenua complacencia las aprobaciones que le da Descartes. «Mis pensamientos le gustaron», escribe el 2 de enero (1619) sobre el *Compendio de música* que le había regalado la noche antes, y poco después: «Esto confirma lo que he escrito sobre las modas.» Y, al recibir la penúltima carta de Descartes, que lo proclama

a. AT X, 78.

b. AT X, 58-61; 67-78.

c. AT X, 219-222 sobre la caída de los cuerpos; 228 sobre la presión del agua sobre el fondo de un jarro.

«promotor de sus estudios y su primer autor»,^a anota al margen: «Des Cartes sobre mí.»¹⁴ Esta autosatisfacción de Beeckman, frente a una exaltación admirativa, se aleja de un verdadero intercambio franco entre dos amigos...

Recordemos algunos rasgos muy significativos de estos textos del joven Descartes: el inicio del *Compendio de música* parte del principio general: el objetivo del arte es despertar en nosotros pasiones; la tristeza de las elegías o de las tragedias nos gusta porque excita en nosotros la pena. Estas primeras líneas de Descartes manifiestan su interés por las pasiones, objeto de su última obra (vuelve a mencionar el placer de las lágrimas en el teatro).^b Pasará rápidamente sobre la variedad de las pasiones relacionadas con las variaciones de la medida: una investigación más exacta depende de un conocimiento afinado de los movimientos del alma.^c A diferencia de Beeckman, excluyó de entrada lo que «conciene a los físicos»: qué cuerpos, qué materias producen los sonidos más agradables. Deja también de lado las vibraciones de las cuerdas para desarrollar solamente las relaciones matemáticas de las consonancias.

Mientras le regalaba a Beeckman este manuscrito, en este nuevo año que había de ser tan importante para él, probablemente él recibiera el primer registro encuadernado en pergamino, descrito en el inventario de los papeles que se llevó consigo a Estocolmo, lo cual muestra su apego por estos primeros pensamientos personales. Esta descripción de la recopilación, empezada por los lados del cuaderno, permitió encontrar, en la copia incompleta de Leibniz, las diversas secciones con sus títulos (omitidos en esta copia).¹⁵ Por un lado se encuentran, en el interior de la cubierta, la fecha del 1 de enero de 1619, y enfrente el título *Parnassus*. La pasión de Descartes por la poesía le hacía remitirse a una inspiración semejante en todas sus sabias investigaciones, que compartía con Beeckman. Las musas que los unían se mencionan constantemente al final o al principio de las cartas que le enviará en enero, marzo y abril.^d Beeckman

a. 23 de abril; AT X, 162.

b. Art. 94.

c. AT X, 95.

d. AT X, 153, 154, 162.

le regaló a Descartes este registro elegante para que anotara sus reflexiones científicas, igual que él hacía en su *Diario*. Pero aparte de esta fecha inicial, quizá escrita en presencia de Beeckman, con el homenaje al Parnaso, no vuelve a haber más fechas en los problemas que Descartes resumió, como una especie de compendio de todo lo que había buscado bajo el impulso de Isaac de Middelburg, junto con quizá algunos nuevos problemas que se había planteado a él mismo. Esta parte científica, que aparece en segundo lugar en la copia de Leibniz,^a es más importante que el conjunto de pequeñas secciones (incompletas) escritas en el otro sentido. La primera se titula *Praeambula*, cosa que incitó a Leibniz a empezar por ahí. Unas páginas blancas intermedias permitían volver más tarde a cada una de las secciones, los *Experimenta*, luego, rebasando en el otro sentido algunas líneas sobre Demócrito y «algunas consideraciones sobre las ciencias», aparecía el gran «discurso» titulado *Olympica*, con el relato de los sueños de la noche del 10 de noviembre durante su estancia en Alemania. Por haber desaparecido el registro, Baillet aquí es irremplazable.

También atestigua, como el inventario, que bajo el título *Praeambula* figuraba la cita bíblica: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios» (que Leibniz omite). Pero, ¿por qué habría recordado Descartes este aviso en este cuaderno estrictamente personal, si había negado a Dios en secreto, como los libertinos, cada vez más numerosos en aquella época, que por prudencia se ponían la «máscara» del bienpensante? Ésa es la interpretación del «filósofo de la máscara» de M. Leroy, a partir de esta frase inicial: «Como los actores, cuando se les llama, para que no aparezca el rubor en su cara, se ponen una máscara [*personam*], así yo, a punto de subir al teatro del mundo, avanzo enmascarado [*larvatus prode*].»^b Los jesuitas organizaban en sus colegios representaciones de obras, la mayoría en latín, algunas en francés.¹⁶ René, tan amante de la poesía, debía de estar entre los mejores alumnos, y seguramente lo invitaron a actuar, ruborizándose con una timidez que se alegraba de esconder bajo esa máscara, que revelaba también al «personaje».

a. AT X, 219-248.

b. AT X, 213.

Aquí se está preparando para darse a conocer como sabio, mientras provisionalmente lleva el traje militar anónimo. H. Gouhier ha acercado este texto al final del *Compendio de música* que acaba de terminar, sobre su estilo de vida, completamente diferente de sus pensamientos: «este soldado [...] lleva en él un mundo en el que sólo él puede penetrar».¹⁷ O por lo menos, después de la marcha de Beeckman, se encuentra aislado e incómodo entre los ignorantes que lo rodean, y, con su gusto por las bellas metáforas, se da ánimos para *avanzar*. En seguida empieza a reflexionar sobre un método que aplicaba espontáneamente, de «joven», es decir, en el colegio: descubriendo en un libro el enunciado de alguna invención ingeniosa, miraba de encontrarla él mismo sin leer al autor; y, poco a poco, se dio cuenta de que utilizaba *certis regulis*, reglas cuya certeza todavía no había establecido, pero que ya estaban determinadas.^a Y un poco más lejos, anota que la mayoría de los libros, cuando se han leído algunas líneas y mirado las figuras, son totalmente conocidos; el resto se añade para llenar papel. Otros fragmentos hablan de la ciencia o las ciencias. En singular es como una mujer, que debe quedarse sólo con su esposo; «común, se envilece». Es la aparición de esta esperanza de poseerla él *solo*: el tema de la perfección de las obras de uno solo se desarrolla al principio de la segunda parte del *Discurso del método*, como uno de los primeros pensamientos que habría tenido Descartes tras instalarse en la soledad de Alemania. Quizá esta nota sea de la misma época. Luego son las ciencias las que están enmascaradas; su belleza extrema aparece a quien sepa desvelarlas. Sigue la aspiración a ligarlas en una cadena para retenerlas en la mente como la serie de los números.^b

Sin que se pueda asegurar si la primera unión amorosa con la ciencia se anotó en Breda, y la reflexión sobre la cadena de las ciencias en Neuburg, hay entre ambas un progreso considerable: para que las ciencias y su diversidad puedan ser captadas por uno, sólo deben constituir un conjunto continuo. Desde entonces aparece lo que distingue a Descartes de los investigadores contemporáneos que se plantean problemas particulares sin re-

a. AT X, 214.

b. AT X, 215.

lación entre ellos. Él es filósofo porque coordina las preguntas y, luego, las respuestas, gracias a un sistema que asegura su fundamento. Beeckman le reveló que la física puede y debe tratarse con fórmulas matemáticas. Es un gran paso hacia su «verdadero uso», que en el colegio ignoraba, aunque hubiera reconocido ya «la certitud de la evidencia de sus razones».ª Pero no identificó este «uso» con la fisicomatemática, que le dio el primer impulso. Debíó de tener hacia Beeckman, más confusamente al principio, una reacción parecida a su opinión sobre Galileo: «Intenta examinar las materias físicas con razones matemáticas.» Descartes está plenamente de acuerdo: «no hay otro medio para encontrar la verdad». Pero le reprocha a Galileo sus continuas digresiones, sus explicaciones inacabadas, porque «no las ha examinado por orden, y sin haber considerado las primeras causas de la naturaleza, solamente ha buscado las razones de algunos efectos particulares, y así ha construido sin cimientos».¹⁸ Cuando Descartes aborda imperfectamente alguna cuestión particular, ya lo anima una preocupación por unificar.

A este respecto es muy importante la larga carta dirigida a Beeckman el 26 de marzo. La primera, el 24 de enero, precisaba un punto sobre las consonancias, admitiendo haber explicado demasiado brevemente en el *Compendio* lo que respecta a las consonancias, grados y disonancias, donde todo se demuestra con las matemáticas. Y anunciaba su venida a Middelburg a principio de la cuaresma (el 14 de febrero de 1619). El final de la carta siguiente confirma su proyecto de partir pronto hacia Alemania, y tras contar su travesía, con tormenta, de regreso de la isla de Walcheren (donde se encuentra Middelburg), propone un medio de calcular, sólo con inspeccionar los astros (y sin conocer la duración del viaje), qué distancia se ha recorrido:ᵇ ya se interesa por los problemas de la navegación. Y después de interrogar mucho a los marinos neerlandeses, Descartes, por sus conocimientos marítimos, dejará admirado al capitán del buque que lo llevará a Estocolmo. Anteriormente, consagró varias páginas de esta cartaᶜ a la división de un ángulo en partes

a. AT VI, 7.

b. AT X, 158-160.

c. AT X, 154-158.

iguales por medio de compases nuevos, que describe también el registro en una pequeña sección.ª Platón limitaba la perfección de las matemáticas en las líneas trazadas con la regla y el compás (generador de círculos). Estos nuevos compases (que se abren deslizando entre sus brazos unas escuadras móviles) pueden trazar otras curvas con un movimiento continuo: son las únicas admitidas en la *Geometría*,ᵇ excluyendo las llamadas mecánicas, que combinan varios movimientos. Ambas aparecían en la carta del 26 de marzo y en el registro, con varios errores. Pero la nueva intuición es expresar con curvas diversas ecuaciones. La carta anuncia «una ciencia nueva», que resuelve todas las preguntas para todas las cantidades, continuas o discontinuas: ya no quedará nada o casi nada, dice, por descubrir en geometría; siempre con la esperanza secreta de llevarlo a cabo él solo, se exclama: «Es una obra infinita y no para uno solo. ¡Que increíble proyecto ambicioso! Pero en el oscuro caos de esta ciencia, he visto no sé qué luz, con la que espero poder disipar las más espesas tinieblas.»ᶜ

A esta tensión entre la audacia de la ambición y el temor de no poder realizarlo solo responderá en noviembre una exaltación que ya no se limitará a las matemáticas únicamente, sino que pretenderá con su modelo una unificación de toda la ciencia. Desde finales de marzo a noviembre, agotado primero por una semana de intensa reflexión, Descartes se distraería viajando.

Estaba bien informado y veía prepararse en Alemania la guerra que durará treinta años: ya en 1618, en Praga, dos enviados del nuevo rey católico habían sido «defenestrados»: Fernando de Habsburgo, elegido rey de Bohemia y luego de Hungría, fue coronado emperador en Francfort a finales del mes de agosto de 1619. El *Discurso del método* (generalmente discreto con los detalles históricos) al principio de la segunda parte menciona estas fiestas de la coronación, que Descartes presenció.ᵈ Al embarcarse el 29 de abril en Amsterdam para Copen-

a. AT X, 232-241.

b. AT VI, 389.

c. AT X, 157-158.

d. AT VI, 11.

hague no lo había previsto: pensaba visitar Dinamarca y esperar una carta de Beeckman, que no le llegó.¹⁹ En la carta anterior del 23 de abril,^a previendo una concentración de las tropas, pero todavía no una batalla en la que tenía ganas de ponerse a prueba, pensaba pasearse (*spatiabor*) por Dinamarca, Polonia y luego Hungría, antes de acercarse a Bohemia.²⁰ No pudo hacer esta gran vuelta antes de ir a Francfort. Quizá la noticia de la próxima coronación le hizo renunciar a Dinamarca. Es muy posible también que la aventura de los marineros narrada por Baillet en una fecha posterior lo hiciera desistir de un largo viaje por mar. Cuando el *Discurso del método*, después del colegio reagrupa estos años muy diversos en una exploración del «gran libro del mundo», Descartes, como Montaigne, quiere «recoger diversas experiencias» y probarse a sí mismo «en los encuentros que la fortuna le propusiese». ^b Pero una nueva sección del registro personal, titulada *Experimenta*, debía abrirse con el discurso que Leibniz ha ignorado como demasiado anecdótico y demasiado juvenil en su satisfacción final de sí mismo. Baillet lo refiere a los *Experimenta*,^c pero lo sitúa en 1621, de regreso de Dinamarca hacia Frisia. Aunque se desconozca la fecha y el recorrido elegido por Descartes para su regreso a Francia, parece poco probable que pasara por los Países Bajos sin intentar volver a ver a Beeckman. Y, ¿qué lengua hablaban estos marinos que tramaban matarlo, a él y a su criado, para robarlos? ¿Tenía todavía ese criado venido de Francia del que le hablaba a Beeckman antes de su marcha? Se sabe que no dominaba el flamenco, pero había seguido cursos, cosa que le permitió comprender la amenaza: creyendo que este extranjero de humor dulce, que hablaba francés con su criado, debía de ser un mercader y debía de tener dinero, decidieron golpearlos y tirarlos al agua. «El señor Descartes [...] se levantó de golpe [...] sacó la espada con una bravura imprevista, les habló en su lengua con un tono que los cautivó. [...] Fue en este encuentro cuando se dio cuenta de la impresión que puede hacer la valentía de un hombre sobre un alma baja...» Baillet lo cuenta para

a. AT X, 162.

b. AT VI, 9.

c. AT X, 99-100.

fraseándolo, según su costumbre; pero estas últimas palabras debían de ser la lección que sacó Descartes del suceso, y que le hizo anotar, en las páginas que debían de seguir esta primera «experiencia», varios comentarios sobre las pasiones: ¿son los vicios enfermedades del alma y cómo reconocerlos?²¹ ¿Acaso no parecían estos miserables gentes de bien?

Paseando después de las fiestas de Francfort, mientras buscaba un lugar tranquilo donde pasar el invierno, Descartes quizá visitó los jardines del elector palatino de Heidelberg. En *El hombre* evocará «las grutas y las fuentes que están en los jardines de nuestros reyes», y donde diversos personajes se mueven «por la sola fuerza del agua». ²² Salomón de Caus había construido en Heidelberg autómatas así. En los *Experimenta*, Descartes describe otros, en una nota en francés: ^a «en un gran jardín», luego «en una habitación», gracias a dos juegos de luz y sombra se puede «hacer aparecer [...] carros de fuego y otras figuras en el aire; todo ello con ciertos espejos que reúnen los rayos en esos puntos». La parte científica del registro, escrita en sentido inverso, también menciona los autómatas, ^b entre ellos la célebre paloma de Archytas, que gracias a un torniquete que tenía entre las alas podía echar a volar y bajar en línea recta. Pero estaba lejos aún de pensar que los animales son simples máquinas.

Quizá fuera en este viaje por el valle del Rin, o más tarde, si frecuentó a Faulhaber en Ulm, cuando oyera hablar de los Rosacruces. G. Cohen piensa que podía ser incluso antes de su marcha de los Países Bajos. Algunos manifiestos pomposos, es seguro, daban mucho que hablar; pero hoy parece bien establecido que no existía una verdadera sociedad secreta. ²³ Cuando, en 1623, todo París de repente se interesaba por estos «invisibles», antes de la marcha de Descartes para Italia, su antigua estancia en Alemania lo hacía sospechoso de ser uno de ellos y Baillet cita su respuesta muy firme: «no sabía nada de los rosacruces». ^c Pero antes había reconocido haberlos buscado. Puesto que «si aportaban algo nuevo [...] que valiera la pena saberse, hubiera sido poco honrado por su parte querer despreciar

a. AT X, 215-216.

b. AT X, 231-232.

c. AT X, 196.

todas las ciencias, entre las cuales podría encontrarse una cuyos fundamentos ignoraba». Pero «si eran impostores, no era justo dejarles gozar de una reputación mal adquirida a expensas de la buena fe de los pueblos».ª Quizá hubieran encontrado «una ciencia nueva con los verdaderos medios para resolver todas las dificultades de esta ciencia». Es lo que anuncia un largo título que retumba en mitad de una página en la primera sección personal del registro. Entre el nombre del autor y el titular, «Tesoro matemático de Polibio el cosmopolita», y la dedicatoria final, «a los sabios del mundo entero y particularmente a los H.[ermanos] R.[osa] C.[ruces] muy célebres en G.[ermania]», se pone de manifiesto el propósito de la obra, aparentemente serio en la frase inicial citada aquí arriba, pero que pronto derivaba en la caricatura. Este Tesoro quiere «demostrar respecto a estas ciencias que la inteligencia (*ingenio*) humana no puede encontrar nada más»: se comprende que Descartes tuviera ganas de saber si esta búsqueda había sido iniciada. Debió de sospechar rápidamente la impostura, y la continuación, irónica, caracteriza su anuncio como «provocador» y «temerario»; presumen de «demostrar nuevas maravillas (*miracula*) en todas las ciencias, y aliviar las penas de la multitud»; y después de noches y días absorbidos deshaciendo nudos gordianos de esta ciencia, la última frase antes de la dedicatoria dice que «han consumido inútilmente el aceite de su inteligencia». Es claramente una parodia de ciertos manifiestos rosacruces de los que se han publicado algunos ejemplos.²⁴ ¿Cómo han podido preguntarse autores serios si Descartes había terminado esta obra, como si la hubiera empezado alguna vez?

Y los que continúan defendiendo la afiliación del joven Descartes a esta secta fantasma subrayan a menudo el compromiso de los Rosacruces por practicar una medicina gratuita, cosa que Descartes no hizo nunca, incluso cuando, mucho más tarde, a veces daba consejos dietéticos y psicológicos. Sobre todo que, en la época en que se plantea la cuestión, no se interesa en absoluto por la medicina.

a. AT X, 193-194.

* *

«¿Dónde podré hacer un alto?», escribía antes de partir.^a «El principio del invierno *lo* detuvo en un barrio donde al no encontrar ninguna conversación que *lo* divirtiera, y al no tener, por suerte, ninguna cuita ni pasión que *lo* inquietara», se quedaba «todo el día encerrado solo en una estufa», con todo el tiempo para entretenerse con sus pensamientos.^b Como, justo antes de este texto, Descartes dijo que iba «hacia el ejército», la mayoría de los comentadores han confundido este «cuartel», que significa «lugar apartado», con los «cuarteles de invierno», donde se agrupaban los soldados ociosos durante la temporada mala. ¿Cómo hubiera encontrado allí la soledad indispensable para retomar sus reflexiones sobre la unidad de una ciencia matemática? Se llamaba «estufa» la habitación calentada por un gran fogón medianero con la cocina, por donde se le echaba leña para no molestar al huésped. Tampoco podía ver chispas, como vio atravesando su habitación la noche agitada por unos sueños decisivos para su vocación. Montaigne loó este calor estable, sin los humos ni las corrientes de aire de las chimeneas a la francesa.²⁵

Por haber comprendido mal la vuelta hacia atrás realizada por Baillet al principio de su libro II,²⁶ se sitúa generalmente esta estufa en Ulm. Pero Baillet, que en la *Vie* habla de las orillas del Danubio, en el *Compendio*^c precisa que, durante el invierno de 1619-20, Descartes estaba en el principado católico de Neuburg, a veces llamado «Joven Palatinado»; situado en la frontera al norte de Baviera, estaba aliado con su duque (el príncipe Wolfgang Wilhelm se había casado con la hija de este último, y todavía no había tropas). En 1618, se había acabado la nueva iglesia dedicada a la Virgen, y se estaba construyendo un convento de jesuitas. Desde que llegó, Descartes se puso al trabajo de nuevo. Y los sueños de la noche del 10 y 11 de noviembre siguieron, que no precedieron, a la exaltación de un importante descubrimiento. Cuando Descartes los transcribió en su registro, abre una nueva sección, llamada *Olympica*, con estas palabras: «El 10 de noviembre de 1619, cuando me halla-

a. Beeckman, 23 de abril de 1619; AT X, 162.

b. DM 2; AT VI, 11.

c. P. 38.

ba lleno de entusiasmo y descubriendo los fundamentos de la ciencia admirable...»^a Leibniz no copió este texto tan personal, molesto quizá por encontrar un episodio tan irracional en el origen de una búsqueda racional. Cuando catorce años después de copiar parcialmente estos textos, que quedaron en Alemania, recibe el *Compendio* de Baillet, anota que éste no había comprendido nada del descubrimiento; como escribía en francés, traduce espontáneamente la cita latina por: «los fundamentos de la ciencia admirable», y añade que Baillet «no había considerado suficientemente lo que Descartes entendía por eso». «Es cierto» que «en su juventud le daba por unos pensamientos un poco quiméricos, se ve en las *Olímpicas*. Pero no creo que haya estado verdaderamente entusiasmado durante algún tiempo, como lo ha creído Baillet».^b Es lamentable que Leibniz no haya conservado el relato de Descartes, que Baillet transcribe con su propio estilo.

Sobre todo, hace que siga a una decisión de «deshacerse de todos los prejuicios», iniciada ya en el colegio y profundizada durante los años parisinos que él se imaginó. Esta empresa negativa, que «hizo sufrir a su espíritu», como para «desnudarse de sí mismo», lo «lanzó [...] a violentas agitaciones [...]». Se cansó de tal manera que se le incendió el cerebro y cayó en una especie de entusiasmo, que dispuso de tal manera su espíritu ya abatido, que lo puso en estado de recibir las impresiones de sueños y visiones».^c Según esto, todo se sufre rozando la depresión, mientras que la frase inicial, fielmente citada, traduce el impulso positivo de la inspiración, que lo llena de ardor para avanzar. Transponiendo quizá una frase del manuscrito, Baillet dijo: «No le quedaba más que el amor por la verdad, cuya búsqueda sería a partir de entonces toda la ocupación de su vida.»^d Será cierto el 11 de noviembre; el día antes estaba lejos de prever un camino tan largo. Debía de haber retomado unas reflexiones, interrumpidas a finales del mes de marzo, sobre la unificación de la ciencia de los números y las curvas, que entonces

a. AT X, 179.

b. *Phil. Schriften*, t. IV, p. 315.

c. AT X, 180–181.

d. AT X, 180.

le parecía casi imposible para un solo hombre. Luego entrevió la clave de toda la ciencia de la naturaleza, lo cual ya se orienta espontáneamente hacia una espacialización de la materia. Por lo menos, así se puede interpretar un pasaje de su epitafio escrito por Chanut, muy próximo en su principio del que abre la segunda parte del *Discurso del método*: «yendo hacia el ejército / En el reposo del invierno, acercando los misterios de la naturaleza con las leyes / *Matheseos* [esta palabra, aislada en estos versos irregulares, designa a la vez el modelo matemático y el saber por excelencia] / Para abrir ambas con la misma llave sus secretos / Osó esperar...».^a Es notable que en sus pocas páginas sin datos ni sobre el desarrollo ni sobre el contenido de la obra, Borel repita más o menos estos términos respecto del reposo del invierno en Alemania.²⁷ Se ha discutido mucho sobre este descubrimiento exaltante y a menudo se ha pensado en *el* método. No podía ser el enunciado de reglas, puesto que Descartes dijo que le había hecho falta «bastante tiempo» para buscarlas.^b Pero es el principio, por la subordinación de todo saber cierto a una evidencia como la de las matemáticas. Esta unificación de la ciencia por la unidad del entendimiento humano, que le aplica su luz, será el tema de la primera de las *Reglas para dirigir el ingenio*. Y en la Regla IV, después de haber manifestado cierto desprecio por las puras matemáticas, que se detienen en números vacíos o en figuras imaginarias, que llama bobadas (*nugae*),^c a partir de las aplicaciones tradicionales, es decir, música, óptica, mecánica^d de la matemática (*mathematica*, que sigue siendo cuantitativa), pasa a una «*mathesis universalis*», esta «ciencia universal comprende todo lo que se somete al orden y a la medida».^e También es cierto que sus desarrollos debieron de ser redactados más tarde; pero permiten vislumbrar el horizonte donde, mientras cae la noche, Descartes ve despuntar la luz.

Lejos de abatir su espíritu, estas reflexiones suscitaron un entusiasmo en el sentido más corriente, sin nada de sobrenatu-

a. Citado en latín; AT XII.

b. AT VI, 17.

c. AT X, 375.

d. AT X, 377.

e. AT X, 378–379.

ral. Descartes no dijo a qué hora se durmió y despertó sobresaltado por esa pesadilla, que seguramente fue bastante breve. El principio ya asusta: no se han comentado estos «fantasmas [...] que lo espantaron».^a Parece ser que en Turena, la víspera de San Martín, se hacían unas procesiones nocturnas en recuerdo de los desaparecidos. El joven René debía de haber participado, quizá con la angustia de haber provocado la muerte de su madre con su nacimiento. Los psicoanalistas que han comentado estos sueños²⁸ saben que murió al año siguiente, pero ninguno ha prestado atención al hecho de que le hicieran creer que fue poco después de su nacimiento. En seguida tiene dificultades para andar, y se ve «obligado a echarse sobre el lado izquierdo [...] porque siente una gran debilidad en el derecho»: se despertará con «un dolor efectivo»^b en el lado izquierdo, al que se había vuelto; ¿acaso lo orientaba hacia el mal esta mala postura? De vuelta a su infancia, ve «un colegio», escribe Baillet, es decir su colegio, e intenta llegar hasta su iglesia para rezar. «Pero habiéndose dado cuenta de que había pasado por el lado de un conocido sin saludarlo, quiso volver sobre sus pasos...»: no se volverá a hablar de eso en sus reflexiones posteriores; y los psicoanalistas muestran poco interés por estos anónimos que se multiplicarán, y que pueden traducir varios aspectos de la personalidad del que sueña. Aunque no hubiera apuntado la fecha de su primer encuentro con Beeckman, en ese aniversario, ¿no sentiría quizá Descartes cierto remordimiento por haberlo «superado»? Pero el viento lo empuja violentamente «contra la iglesia»;^c Baillet transcribirá más adelante esta única cita, cuando Descartes, despierto tras el último sueño, da la interpretación: «*a malo spiritu ad templum propellebar*».^d La traducción «contra la iglesia» reproduce bastante bien la ambivalencia que pervirtió el movimiento *hacia* la iglesia, donde su primera intención era refugiarse para confiarse a Dios. En esta interpretación posterior, dirá que el viento era el espíritu del mal; Baillet traduce: «el mal genio,²⁹ que intentaba

a. AT X, 181.

b. AT X, 181–182.

c. AT X, 181.

d. AT X, 186: «por un espíritu malo, fui empujado hacia la iglesia».

llevarlo a la fuerza a un lugar donde su designio era ir voluntariamente».^a Arrastrado por «una especie de torbellino [...] sobre el pie izquierdo» por este «viento impetuoso», Descartes se extraña de ver los que lo rodean «derechos y firmes sobre sus pies», entreteniéndose «en medio del patio del colegio [con] otra persona», que lo llama por su nombre, «y le dice que si quería ir a ver al señor N. tenía algo para darle. M. Descartes se imaginó que era un melón que habían traído de algún país extranjero».^b Se ha glosado mucho sobre este melón, que no existe más que en el deseo de Descartes. Maxime Leroy transcribió el relato de estos sueños a Freud, que fue muy prudente, al no poder interrogar al soñador, aunque éste hubiera desarrollado con extraordinario detalle las asociaciones sugeridas por este mar de imágenes. Para el melón, una vez despierto, son «los encantos de la soledad, pero presentados por solicitaciones puramente humanas».^c Freud ve una connotación sexual,³⁰ cosa que repiten todos los psicoanalistas, sobre todo porque después de haber salido brutalmente de la primera pesadilla, Descartes se arrepintió de pecados bastantes graves, «aunque hubiera llevado hasta entonces una vida bastante irreprochable a los ojos de los hombres». Quizá se tratara *del* pecado supremo y original: querer rivalizar con Dios. Así, hemos relacionado³¹ el melón con el globo que las estatuas de Dios Padre le colocan a menudo en la mano, que contiene el mundo. En la coronación de Francfort, las insignias entregadas al emperador eran la corona y el «globo o la manzana», es decir, el nombre de la fruta prohibida. Y entre los numerosos significados simbólicos del melón se encuentra, junto al cielo o el universo, a veces también la fruta prohibida.³² En cuanto a los encantos de la soledad, «uno de los primeros» pensamientos meditados en la estufa, donde Descartes estaba «encerrado *solo*», fue que a menudo las obras más perfectas son aquellas «en las que sólo ha trabajado uno»: como modelo presenta arquitectura, legislación, y «hasta la verdadera religión, cuyas ordenanzas sólo Dios ha hecho».^d Y Descartes se durmió en el entusiasmo de esperar po-

a. AT X, 185.

b. *Ibid.* 181.

c. AT X, 185.

d. DM 2; AT VI, 11–12.

seer él solo la ciencia mediante su unificación gracias a las matemáticas. Para que esta esperanza aparezca en el epitafio, debió de confiársela a Chanut; pero éste no comentó nunca este pasaje de la larga carta sobre el amor, que le dirigió para que se la transmitiera a Cristina de Suecia: con algunas líneas de intervalo, después de la tentación bíblica de «desear ser Dios», Descartes menciona el error que, desconociendo la omnipotencia de Dios, encierra al mundo «en una bola».ª Durante casi dos horas, meditó, dice Baillet, «sobre los bienes y los males de este mundo».º Este plural («dioses») quizá sea la transcripción de una alusión al Génesis bíblico (III, 5): «seréis como dioses conociendo el bien y el mal». Antes de volverse a dormir debió de rezar para no ser castigado por este(os) pecado(s) bastante grave(s), «para atraer los rayos del cielo sobre tu cabeza». Y su sueño se ve interrumpido «inmediatamente» por un «ruido agudo y un estallido que tomó por un trueno».º Vio entonces su habitación llena de chispas. Este fenómeno se menciona en la Dióptrica, como propio de los ojos de los gatos y de ciertas personas,º lo que podía ser su caso; pero el texto de Baillet aquí es poco claro. Este segundo episodio es más una alucinación que un sueño. Recuerda los rayos del cielo con que la mitología amenazaba a los que osaban rivalizar con el amo del Olimpo. Varias colecciones de emblemas con sus divisas ilustran la presunción de Prometeo o de Ícaro. Y en el volumen de sus *Diversidades*, que Descartes pudo leer en el colegio, J.-P. Camus recoge estos ejemplos con la advertencia de san Pablo contra el orgullo, aplicada aquí a los audaces de la ciencia nueva: «No aspire a saber» (*sapere* designa también la *sapiencia*, sabiduría que buscaba Descartes), «sino teme».º Descartes quizá eligió el título *Olympica* para recordar su osadía. Puede ser que también en el colegio viera una colección española de emblemas y divisas, que empezaba con la cita de san Pablo; pero, algunas páginas más adelante, la cima del Olimpo sigue escondida por una corona de nubes, y por encima del grabado, un pequeño

a. 1 de febrero de 1637; AT IV, 608-609.

b. AT X, 182.

c. *Ibid.*

d. 1; AT VI, 86.

poema en español celebra: «En Dios sólo la seguridad»; para Descartes será la certeza. Pero habrá hecho falta una conversión, que permita dar al título *Olympica* una apertura positiva, cuando después del último sueño todo se pone en orden de nuevo. Más aún que los anteriores, multiplica apariciones y desapariciones, y nos parece muy alejado de una fábula simbólica.º Descartes, dormido, se encuentra frente a su mesa de trabajo, con un primer libro que Baillet, en francés, llama un «diccionario», cosa que oscurece la continuación. Porque otro fragmento de los textos de juventud, citado por el P. Poisson en su *Comentario sobre el método*,º permite restituir el término latino: «*encyclopaedia*», relacionado con este encadenamiento de las ciencias que Descartes percibe como el principio unificador. ¿Acaso se está reprochando así la tentación de poseer todo el saber? Pontus de Tyard había celebrado la «esférica enciclopedia»; y Ronsard, en un himno a la filosofía, la alababa por encerrar «en una esfera» lo que la ciencia «como un juguete nos pone en las manos».º Pero otros poetas reducen esta ambición: cuando Descartes tiende la mano hacia la enciclopedia, coge otro libro, aparecido de repente: el famoso *corpus poetarum*, que le era familiar desde el colegio. Al abrirlo, como se hacía a veces con la Biblia, al azar para encontrar un consejo, Descartes «dio con el verso: *Quod vitae sectabor iter?*»,º principio del Idilio XV de Ausonio: «¿Qué camino he de seguir en la vida?» Este simple interrogante, seguido en Ausonio de un relato pesimista de las diversas vías, todas decepcionantes,º basta para provocar una decisión positiva en Descartes: será la alusión única, muy discreta, del *Discurso del método*, justo antes de recordar el invierno en la estufa: «tomé la resolución [...] de emplear todas las fuerzas de mi espíritu en elegir los caminos que debía seguir».º Vuelve a aparecer un desconocido (que como el del primer sueño, escapa a los comentarios después del despertar); con él evoca el Idilio XVII, también sobre la ambigüedad de la vida, a partir del «*Est et non*» (Sí y no) de Pitágoras... Pero el *corpus* desaparece, mientras «al otro extremo de la mesa» aparece la enciclopedia, sólo que el libro «no estaba ya entero

a. AT X, 183.

b. Fin de la 1ª parte; AT VI, 10.

como lo había visto la primera vez».ª Este rasgo, asociado con la imagen del camino que hay que seguir, echa por tierra la tentación del dominio global del saber. No, la ciencia no es impía; es humana y debe buscarse progresivamente siguiendo un largo camino. Pero si entonces no enuncia tan precisamente la conclusión de la moral por provisión (que en la tercera parte del *Discurso* presenta como pensamiento de ese invierno en la estufa), después de este último sueño, habrá elegido la mejor vía: «emplear toda mi vida en cultivar mi razón, y avanzar todo lo que pueda en el conocimiento de la verdad».º En su última carta a Isabel seguirá aspirando a este progreso, su «principal bien en la vida».º

Es lo que aún durmiendo empezó a interpretar, antes de despertar completamente. El final de la primera Meditación describe este duermevela al que se acostumbró de colegial, porque no estaba obligado, como sus compañeros, a salir de la cama cuando sonaba la campana. Así, el libro de los poetas indicaba «la filosofía y la sabiduría juntas», y el verso sobre el camino a seguir, «el buen consejo de una persona sabia, o incluso la teología moral».º Baillet no debió de inventar esta última expresión, que somete el sentido de esta vocación a un consejo autorizado para no dejarse llevar por una tentación impía. Baillet subraya también un rasgo importante: cuando tras la desaparición de los libros y del desconocido y no del todo despierto se pregunta «si lo que acababa de ver era sueño o visión [...] decidió durmiendo que era un sueño»,º es decir, un fenómeno natural, lo cual hubiera debido descartar cualquier especulación «mística», de las que son responsables las «visiones» de Baillet. Pero, para Descartes, esta experiencia turbadora no lo aclara todo; y es lamentable que no podamos medir todos los términos. Primero, dice Baillet, cree ser empujado hacia la iglesia por el «Espíritu de Dios» y lo llama dos veces «Espíritu de la Verdad»: en el último sueño, éste abre «los tesoros de todas

a. AT X, 183-184.

b. AT VI, 27.

c. 9 de octubre de 1649; AT V, 430.

d. AT X, 184.

e. *Ibid.*

las ciencias».ª E invierte el sentido de los aterradores rayos del segundo episodio: era «la señal del Espíritu de la Verdad, que baja sobre él para poseerlo».º Baillet lo achaca a algún «entusiasmo», con el falso sentido que presenta Leibniz. Si hubiera posesión divina ya no sería un simple sueño. Pero Descartes puede muy bien haber visto una advertencia y unos ánimos llegados de arriba,º sin que esta inspiración fuera una experiencia sobrenatural. Los breves comentarios escritos poco después en el registro y copiados por Leibniz hablan del entusiasmo y de la potencia imaginativa de los poetas.º De todos modos no se entienden las conclusiones que parece citar Baillet: estos sueños le habían sido predichos y el «entendimiento humano no tiene nada que ver».º La interpretación que da Descartes a un detalle insignificante traduce cierta ingenuidad: al hojear en el último sueño el libro de poetas latinos, se extrañó de ver unos pequeños retratos grabados que no había en su ejemplar, y que efectivamente no se encuentran en las diversas ediciones conocidas. Pero «ya no buscó la explicación después de la visita que le hizo al día siguiente un pintor italiano».º Varios años más tarde, cuando haya desarrollado su espíritu crítico, volverá sobre las interpretaciones de sueños, en función de puras coincidencias, que conmueven la imaginación; y como eso es excepcional, «en seguida los supersticiosos opinan que hay algo divino en ello».º

Pero no hay que atribuirle, como hace Baillet, y más aún Adam,º al final de esta noche agitada, el voto de ir a darle las gracias a la Virgen, haciendo el peregrinaje a Loreto «antes de finales de noviembre». ¿Podía pensar Descartes, en el momento en que estaba absorbido por un trabajo apasionante, en cruzar los Alpes en aquella temporada con un trayecto del norte al sur, atravesando la mitad de Alemania, ocupada por soldados ociosos, y luego Italia hasta la altura de Ancona? Intentando hacerlo menos inverosímil, Baillet añade que ya tenía pensado este

a. AT X, 185.

b. AT X, 186.

c. AT X, 217.

d. AT X, 186.

e. AT X, 185.

viaje e interpreta la fecha de finales de noviembre como la prevista para la marcha. Pero Descartes parece haberse «visto obligado a aplazar su viaje de Italia por razones que no se han sabido».^a El texto copiado por Leibniz está separado del relato de los sueños por algunos comentarios⁴¹ sobre su simbología (el viento o la luz significaban realidades espirituales...), y sobre la inspiración de los poetas. Por tanto, es después del 11 de noviembre, quizá mucho después, cuando Descartes escribe, no: cuando esté en Italia iré a Loreto, sino: antes de finales de noviembre llegaré a Loreto, y eso a pie desde Venecia, si es cómodo y según la costumbre; si no por lo menos con la devoción que cada uno practica habitualmente.^b Y como no había ningún corte en el manuscrito de Leibniz (y quizá algunos blancos poco visibles en el registro de Descartes), muy a menudo se añade la segunda *promesa* («promisi») de terminar un «tratado» antes de Pascua. La lectura de la fecha varía entre el 23 de febrero y el 23 de setiembre, de ello se hablará en el próximo capítulo ya que éste acaba cuando sale de la estufa, a finales del invierno.^c

Descartes muy probablemente se dedicó a los trabajos científicos; pero no se pueden fechar las notas escritas en el otro sentido del registro, sobre todo si se admite que todo el principio, que recuerda los problemas vistos con Beeckman, fue transcrito bastante rápidamente y que las páginas sobre los compases pueden remontarse a marzo; pero quizá se prolongaron hasta el otoño. También puede ser que Descartes empezara otros escritos que no han llegado hasta nosotros.

Pero un descubrimiento muy reciente autoriza una hipótesis inédita sobre un tema de reflexiones elaboradas también durante este invierno de 1619–20; un coleccionista de Neuburg indicó a Frédéric de Buzon⁴² una edición de *La Sagesse* de Charron, dedicada (en latín): «Al muy sabio / querido amigo y hermano pequeño / René Descartes (Cartesio) / el P. Jean B.

a. AT X, 187.

b. AT X, 217–218.

c. DM 3; AT VI, 28.

Molitor s.j. / final del año 1619.» Se conocía la presencia del jesuita en Neuburg, pero poca gente sabía que René Descartes estaba allí precisamente en esas fechas. La escritura es antigua; y los puntos que pueden extrañar parecen excluir una falsificación. Este jesuita debe tener más edad para llamar afectuosamente a Descartes «hermano pequeño» al tiempo que «querido amigo», después de hacer honor a su gran saber (*doctissimo*). Quizás el mismo Descartes fue a consultar al padre Molitor, para hacer explicitar el consejo de la «teología moral». Conmovido, admirado, pero también preocupado por no dejar al joven exaltarse de ese modo, el jesuita le habría regalado la obra de Charron como antídoto a su ambición de saber total. Aunque la obra estaba en el Índice desde 1605, todavía no era objeto de las severas reservas de Mersenne y de Garasse, que lo veían cercano a otros «deístas, ateos y libertinos».⁴³ Este cura, con un espíritu crítico audaz, parece sincero en su reducción de la ciencia para abrir la vía a Dios. A los límites del saber humano, Charron opone la «sabiduría», la única que da acceso a Dios, en la medida en que el hombre sienta «su miseria y su nada».^a Esto está más cerca de Pascal que de Descartes y nos podemos preguntar qué podría retenerlo en ese tomazo, a menudo repetitivo, aún fiel a las tres clases de alma de la escolástica, y difuso en sus análisis de las pasiones y de las cuatro virtudes cardinales. Debíó de pensar (sin necesidad de esta lectura) que un hombre que nunca haya oído hablar de Aristóteles daría mejores consejos de conducta.^b Las críticas de Charron contra la mala orientación de los estudios le confirman lo que había sentido. En Breda sufrió por encontrarse en medio de «soldados disolutos».^c Algunas páginas contra «los grandes males y miserias de la guerra»^d son bastante banales; y Descartes todavía no los había experimentado. Debía de vibrar con el elogio reiterado de la «virtud [...] masculina y generosa» de un «alma fuerte también y generosa».^e ¿Sería capaz de «no asombrarse ante nada, no admirar-

a. 1.II, cap. 5, § 15.

b. 1.III, cap. 14, § 19.

c. 1.III, cap. 3, § 32.

d. *Ibid.*, § 18.

e. 1.I, cap. 37, § 24.

se de nada?»^a O, ¿será el germen que hará de la admiración un punto de partida que se disipa con la explicación?

Sin embargo, hay un tema para el que esta lectura, en esta fecha, podría haber sido decisiva. Descartes tenía espontáneamente el deseo de viajar; tras su apetito de certeza, había sentido la incerteza de estas discusiones sobre cuestiones imprecisas, pero sentía estas dudas con desazón, al no haberlas ordenado, y menos aún dominado. El final de la primera parte del *Discurso del método*, refiriéndose a la primera partida después de acabar los estudios, hace eco al «gran libro del mundo» recomendado por Montaigne. Pero el joven deseaba sobre todo probarse a sí mismo en diferentes experiencias: mucho antes de que conocerse a sí mismo se convirtiera en el puntal de toda la metafísica cartesiana, Descartes hacía de ello su divisa,⁴⁴ sin necesidad de seguir a Montaigne o a Charron (cuyo principio exhorta a «estudiarse y conocerse [...] Es el fundamento de la sabiduría», por la que el «hombre sube y llega antes al conocimiento de Dios»). Pero su deseo de avanzar «con seguridad en esta vida» poco a poco se vio perturbado por cierto escepticismo, que se desprendía de la diversidad de «las costumbres de los otros hombres», cuando las conductas que nos «parecen muy extravagantes y ridículas» se encuentran «comúnmente aceptadas por otros grandes pueblos». ^b Descartes siempre quiso tener seguridad y certeza; y no le gustaban «los escépticos que dudan por dudar». ^c Charron sustituye la interrogación sin respuesta de Montaigne («¿Qué sé?») por una negación: «No sé», una nueva «clase de ignorancia y de duda más docta y segura, más noble y generosa que toda su ciencia y certidumbre». ^d La «vacuidad» de los «académicos y pirrónicos» nos prepara para dejar que Dios «grave» en nosotros «lo que quiera». Charron prepara a Descartes a enfrentarse a la duda en lugar de sentirla al azar de las experiencias, para «tener un objetivo y un modo de vida sin duda». ^e Descartes dejará la estufa

a. 1.III, cap. 14, § 30.

b. AT VI, 9-10.

c. D.M. 3; AT VI, 29.

d. 1.II, cap. 2, § 5.

e. 1.II, cap. 4.

con un impulso renovado para volver «a viajar», para «procurar libremente» deshacerse de las opiniones «conversando con los hombres». A partir de ahí, intentará ser «espectador más que actor». ^a Y para afrontar la diversidad de las costumbres, encontró en Charron lo que llama la primera máxima de su «moral por provisión», para no ser irresoluto en *sus* acciones, mientras que la razón le obligaría a serlo en *sus* juicios. ^b

Descartes le dijo a Bruman que, a pesar de su reticencia a escribir sobre moral, había incluido estas máximas para evitar que los «regentes y otros pedantes» lo acusaran de no tener «ni religión ni fe». ^c Como esto parece estar ligado a la empresa metafísica de la cuarta parte, con la duda extrema sobre la que profundizó durante unos nueve años después de la estancia en Neuburg, se puede admitir fácilmente que esta moral por provisión fue pensada y escrita tardíamente, y sobre todo por prudencia. Pero incluso si es un poco posterior, la «promesa», no respetada entonces, de ir a Loreto, muestra que Descartes en aquella época estaba lejos de evitar «todas las promesas con las cuales se recorta algo a la libertad». ^d Pero si se fecha en este invierno la lectura de Charron, se hace evidente que la primera de las máximas está directamente inspirada en ella. E. Gilson cita a Charron: «seguir y observar las leyes y las costumbres del país donde se está». ⁴⁵ En el libro II de *La Sagesse*, es el tema principal del largo capítulo VIII titulado: «Obedecer y observar las leyes, costumbres y ceremonias del país. Cómo y en qué sentido.» La fórmula se repite varias veces. Si la prudencia obliga a menudo a conformarse exteriormente, un análisis matizado, después de recordar el carácter escandaloso de ciertas costumbres (§ 4), concluirá que, «evidentemente», el sabio «no actuará nunca contra Dios o Natura» (§ 7,3°), puesto que «no hace nada por fuerza ni temor», «por superstición ni servidumbre [...] sino libre y simplemente». No somete «su juicio y su creencia más que a la razón» (2°). «Es oficio del espíritu generoso [...] examinar aparte y luego comparar juntas todas las leyes y

a. AT VI, 28.

b. AT VI, 22.

c. AT V, 178.

d. AT VI, 24.

costumbres», para «juzgarlas» y ejercitar su entendimiento «al nivel de la verdad y la razón», moderando muchas veces por una «reserva interior» la obligación exterior (4°). A veces uno se presta al mundo sin jamás someterse a su ceremonia (§ 8). De ese modo, Descartes, tras esta lectura, pudo fijarse una regla de conducta adaptada a la variabilidad de las leyes y costumbres en los diversos países a los que iba a viajar, mientras conservaba su juicio personal, con esta libertad interior y generosidad que siempre admiró. Elegirá pues, «las opiniones más moderadas [...] comúnmente aceptadas en la práctica por los más sensatos de aquellos con quienes tuviera que vivir [...] todo exceso suele ser malo».^a No es, por tanto, un simple conformismo ciego. Y lo que Charron dice constantemente del control del entendimiento permitirá a Descartes remitir a la princesa Isabel a la primera de las tres reglas del *Discurso*, formulándola así: «usar siempre el entendimiento lo mejor posible, para saber lo que tiene que hacer y lo que no en cada ocurrencia de la vida».^b La tercera máxima prescribe aceptar lo que ocurra «después de que hayamos obrado lo mejor posible respecto de las cosas que nos son externas».^c No se puede, pues, oponer una moral «provisional» y una moral llamada definitiva. El hombre es limitado en su entendimiento y nunca podrá estar seguro de dominar cualquier situación. En su último libro, Descartes insistirá sobre la irreductible diferencia entre lo que depende íntegramente de nosotros, es decir, de nuestro libre albedrío, y lo que se nos escapa: los decretos de Dios se nos aparecen entonces como «una fatalidad o una necesidad inmutable».^d Ya en su juventud, mucho antes de buscar la fuente, Descartes se inclinó ante lo que se nos escapa, quizá aquí también bajo la influencia de una expresión repetida por Charron: «hacer de necesidad virtud». Si se fecha esta moral en el invierno de Neuburg, hay elementos posteriores integrados. Pero la muy probable lectura de esta *Sagesse* permite avanzar lo que hasta aquí parecía casi inconcebible: la muy amplia historicidad de esta tercera parte.

a. AT VI, 23.

b. 4 de agosto de 1645; AT IV, 265.

c. AT VI, 25.

d. *Pasiones*, art. 144 y 145.

Durante este invierno, el trabajo de Descartes debió de ser sobre todo científico y dirigido hacia la elaboración de un método con un modelo matemático. Pero, al mismo tiempo, se preparaba para rechazar muchos prejuicios, haciéndoles frente con las opiniones y costumbres de distintos países que iba a recorrer, aceptando al tiempo conformarse en cuanto sean compatibles con la razón. Partía con el nuevo impulso que acentúa la «conclusión de esta moral»: a la pregunta del poeta, responde con la elección del mejor camino: «avanzar [...] en la búsqueda de la verdad».^a Sean cuales sean los países que cruzó, desde el principio se comprometió a practicar la religión de su infancia: «las verdades de la fe [...] siempre fueron las primeras en mi creencia».^b

Tras esta larga soledad, está listo para conversar con los hombres: «el invierno no había terminado aún cuando me puse otra vez a viajar».^c

Tras esta larga soledad, está listo para conversar con los hombres: «el invierno no había terminado aún cuando me puse otra vez a viajar».^c

Tras esta larga soledad, está listo para conversar con los hombres: «el invierno no había terminado aún cuando me puse otra vez a viajar».^c

a. AT VI, 27.

b. AT VI, 23 y 28.

c. AT VI, 28.

IV. NUEVE AÑOS DE VIAJES Y DE EJERCICIO EN EL MÉTODO

Como Descartes suma muchas veces el primer y el último año (lo cual es exacto cuando se va desde el principio del primero hasta el final del último), se pueden fechar entre el invierno de 1620 y el otoño de 1628 «estos nueve años» que, después de su partida de Neuburg, «pasaron antes» de que «hubiera tomado partido alguno [...] ni empezado a buscar los fundamentos de una filosofía más cierta que la vulgar».^a Es también el periodo que más problemas plantea sobre sus distintos desplazamientos y residencias, sobre la redacción inacabada del *Studium bonae mentis* (*Ejercicio del buen entendimiento*; perdido) y de las *Regulae* (*Reglas para dirigir el ingenio...*), seguramente interrumpidas cuando, a finales de 1628, se vuelve a escapar en una soledad tan perfecta que nunca se sabrá en qué lugar; aunque la mayor parte es de los años anteriores, se ignora si las empezó un poco después de 1620, quizá con otra forma. Ni siquiera se sabe exactamente cuándo, ni por qué camino, volvió Descartes a Francia, si volvió a vivir con su familia, o si sólo fue a verla, con quien se vio durante su viaje a Italia (del otoño de 1623 a mayo de 1625) y por qué, si no retomó el cargo del marido de su madrina (causa de esta partida), no compró otro en Châtellerault tras su regreso.

Gracias a la correspondencia de Mersenne con sus amigos, tenemos preciosas menciones de la rápida celebridad de su método después de 1625. Pero aún se discute sobre la fecha de una reunión en que impresionó de tal manera a Bérulle que éste debió de tener una influencia decisiva para que Descartes se dedicara finalmente a establecer su filosofía sobre bases sólidas...

a. DM 3; AT VI, 30.

... y lo que es más, el método que he descubierto es el único que puede conducir a la verdad. Y como he visto que muchos hombres de bien se han dedicado a buscarla, he creído que era mi deber hacerlos partícipes de ella. Por lo tanto, he escrito estas reglas para que, si no alcanzan a la verdad, al menos les sirvan de guía para no perderse en el camino. Y como he visto que muchos hombres de bien se han dedicado a buscarla, he creído que era mi deber hacerlos partícipes de ella. Por lo tanto, he escrito estas reglas para que, si no alcanzan a la verdad, al menos les sirvan de guía para no perderse en el camino.

a. AT VI, 23.

b. 4 de agosto de 1645; AT IV, 262.

c. AT VI, 25.

d. *Passions*, art. 144 y 145.

AT IV TA 2

AT VI TA 2

AT IV TA 2

Sin embargo, si creemos a Baillet, los acontecimientos del año 1620 son bien conocidos: el 23 de febrero —independientemente del proyecto de ir a Loreto, que fechó en el noviembre anterior—, Descartes promete acabar un tratado antes de Pascua y buscar editor. Luego va a Ulm en junio para encontrarse con los embajadores franceses, que se esforzaban en impedir el desencadenamiento de la guerra; durante el verano se quedó para trabajar con los matemáticos Faulhaber y Rothen. Entró en servicio en el ejército de Baviera, cuando se dirigía hacia Praga, donde el príncipe palatino Federico, convertido en rey de Bohemia, fue vencido en el lugar llamado la Montaña Blanca. Pero eso no impidió que, en el aniversario de los sueños, Descartes hiciera un nuevo descubrimiento admirable. Después de algunas vacilaciones, Baillet lo envía de nuevo a luchar en Hungría, donde la muerte del comandante francés terminó de asquearlo del ejército... Por último, continuando con Baillet, Descartes pasó por el norte de Alemania y los Países Bajos, donde con su valor detuvo el complot de los marineros, a principios de 1622; pero esperó a que terminara una epidemia de peste para ir a París el año siguiente, antes de marchar hacia Italia...

¿Qué elementos tenemos para aceptar o rechazar, siempre hipotéticamente, un punto u otro?

Después de Baillet, Adam y la mayoría de los historiadores de Descartes fecharon el 23 de febrero la promesa¹ de terminar antes de Pascua el tratado en curso, que no disocian de la de ir a Loreto antes de que termine el mes de noviembre. No vemos cómo reconciliarlo con la vuelta a los viajes antes de finales del invierno. ¿Cambió tan rápido de idea Descartes, interrumpiendo el trabajo que tenía que terminar antes de Pascua? Y, ¿por qué, en su registro, antes de esta promesa está la de ir a Loreto antes de finales de noviembre, unos nueve meses después? Si, como hace Leibniz, publicado por Foucher de Careil, leemos «23 sept.» [en lugar del «23 febv.», las dos iniciales en esa época eran muy parecidas], se comprende que Descartes se proponga primero continuar viajando e ir a Italia antes de la temporada de calor, para celebrar piadosamente el aniversario de los sueños de 1619. Pero después habrá que ponerse a trabajar en serio, por eso se fija una fecha límite para acabar el tratado empezado antes del invierno anterior.

Pero antes de formular esta doble promesa, ¿dónde estuvo? Joven francés desconocido, no tenía ningún motivo para ir a ver a sus embajadores en Ulm en junio. Éstos lograron evitar la explosión general entre el emperador católico y las comunidades protestantes de Alemania, cosa que retrasará el principio de las batallas concentrándolas hacia Bohemia. Descartes no se alistaría mientras no hubiera una batalla a la vista. Seguramente evitaría las concentraciones de soldados ociosos. Si hubiera participado en la batalla de la Montaña Blanca, hubiera ayudado a destronar al padre de su futura mejor discípula, Isabel, princesa palatina. ¿Será por eso que Lipstorp lo hizo dejar el ejército antes de la gran batalla? Los otros biógrafos admiten que participara; y el problema entonces consiste en compararlo con el nuevo descubrimiento admirable del 11 de noviembre. Borel (que lo envía al máximo de batallas y sitios) le hace descubrir en Praga los instrumentos de Tycho Brahé. Baillet, con su espíritu crítico de buen historiador —cuando no se deja llevar por su imaginación—, recuerda que entonces ya había desaparecido. Para Gaston Milhaud, Descartes sabía que Tycho Brahé y Kepler trabajaban en Praga, y «muy bien pudo intentar ver sus instrumentos», y a falta de ellos, «las obras ya impresas de estos sabios [...]». La fecha de la batalla de Praga, el 8 de noviembre de 1620, hacía muy verosímil la del 11 del mismo mes para la meditación fecunda», de la *Dióptrica* de Kepler (aparecida en Praga en 1611). El descubrimiento del 11 de noviembre sería pues de *otro*, y el genio de Descartes habría presentido en él «la vía que hay que seguir para edificar la teoría matemática», que será su «fundamento definitivo». ^a Es realmente indirecto; y aunque Descartes más tarde reconoció a Kepler como su «primer maestro en óptica», ^b ¿qué le provocó tan súbita admiración? Ante todo, no tenemos ningún elemento para fechar esta lectura, y el momento en que Descartes empezó a interesarse por la óptica. Milhaud subrayó que esta disciplina está totalmente ausente de las investigaciones comunes con Beeckman. En su parte científica el registro —del que se ignora hasta cuándo lo utilizó Descartes— lleva un sola anota-

a. *Desc. savant*, p. 102.

b. A Mersenne, 31 de marzo de 1638; AT II, 86.

ción que afirme que la luz penetra más fácilmente en una materia más densa;^a Kepler decía lo contrario... La cuestión de si fue Descartes a Praga o no, no está resuelta. Se podría incluso pensar que los días de violencia que siguieron a la batalla del 8 de noviembre hacen imposible una serena meditación científica, capaz de producir un importante descubrimiento. Y si se fecha el 23 de setiembre el proyecto de ir a Italia en noviembre, esto parece excluir el alistamiento en el ejército que venció en Bohemia. En el siglo XIX J. Millet sobrevuela ambas dificultades: el «voto» de ir a Loreto (que él fecha en setiembre, con el lapsus de 20 por 23) hace que Descartes parta hacia Viena para ir a Venecia; pero con la noticia de la inminente gran batalla, quiso participar. Millet recuerda que después de la victoria, la ciudad de Praga «tomada a la fuerza fue librada a la venganza de una soldadesca furiosa y fanática»; sobre el nuevo descubrimiento admirable, Millet comenta (tras la reserva inicial: «si este relato es cierto...»): «Poseía igual que Arquímedes el poder de abstraerse del tumulto del mundo exterior» (el sabio griego dejó la vida...). Millet piensa entonces en un descubrimiento matemático, como la solución con una parábola de toda clase de problemas sólidos, reducidos a una ecuación de tercer o cuarto grado.² Pero nada semejante aparece en las páginas matemáticas del registro. Descartes solamente anota, como una de sus más extraordinarias «experiencias», la coincidencia de fecha con el año anterior recordando el verso de Ausonio.³ Y probablemente al mismo tiempo vuelve al principio de sus *Olympica* (un poco más lejos en el registro) y en el margen escribe una frase tomada por Baillet: «el 11 de noviembre de 1620 empecé a concebir el fundamento de un descubrimiento admirable»;⁴ el «fundamento», en singular, sugiere que este descubrimiento era menos amplio que el del año anterior, los fundamentos de la ciencia admirable. Descartes había encontrado un lugar tranquilo y se puso rápidamente a trabajar preparando el tratado que se proponía terminar en primavera. Y provisionalmente había renunciado a partir hacia Italia: el investigador podía más que el peregrino...

Pero, ¿cuál era el objeto del tratado? El método se precisó

a. AT X, 242.

más progresivamente. Y, aparte de la intuición anterior de que el modelo matemático se aplica a toda la naturaleza, no vemos cómo podría suscitar un descubrimiento particularmente notable. El inventario de Estocolmo indicaba un «pequeño registro» (perdido ya cuando Baillet redactaba su biografía) «en que parece haber escrito para su uso una introducción que contenía los fundamentos de su álgebra».^a Pero, ¿lo había empezado ya en 1620, cuando toda la parte matemática del registro utilizado en la misma época emplea los caracteres llamados «cósicos» (de *cosa*, lo desconocido)? Los «Ejercicios para los elementos de los sólidos» todavía emplean estos caracteres y pueden ser del invierno de 1620–21, según P. Costabel.⁵ Pero de este trabajo Descartes no volvió a hablar y no aparece como un descubrimiento tan notable como para remitirlo a la exaltación del año anterior...

La fecha de este opúsculo, muy delgado, y que parece que Descartes no tenía previsto publicar, está relacionada con la de sus tratos con Faulhaber, que siguen siendo muy oscuros. Al no percatarse de la inversión que hizo Baillet entre 1620 (en el final del I.I) y 1619 (principio del I.II), se ha situado la «estufa» en los alrededores de Ulm: de ese modo G. Milhaud fecha «muy probablemente» el ensayo sobre los elementos de los sólidos en el invierno de 1619–20, o «quizás» en el verano de 1620.^b Y está también convencido de que Descartes, en función de los problemas que le planteó Faulhaber, resolvió ya entonces las ecuaciones de tercer y cuarto grados, lo que le hace apartar la hipótesis de que eso podría ser la invención del 11 de noviembre de 1620, puesto que la considera anterior. Y la creencia, igual de discutible, de que Descartes estaba entonces en Praga lo remite a la óptica. Lipstorp y Baillet desarrollan las relaciones entre Faulhaber y Descartes en la prolongación de la estancia en Ulm en junio de 1620, con los diplomáticos franceses —cosa que parece imposible. Pero quizá sí trabajaron juntos en el otoño. El lugar tranquilo donde el destino habría conducido a Descartes podía estar cerca de Ulm, villa imperial, más hacia el oeste en Alemania, donde se acababan de evitar

a. AT X, 8, cota D.

b. *Desc. sav.*, pp. 84, 86–87, 94–95.

por los pelos las guerras intestinas: el ejército se alejaba hacia Bohemia y luego Hungría... El alemán Lipstorp escribía poco después de la muerte de Descartes y quizá conoció a alguien que podía tener el eco de sus relaciones. Antes de Baillet, Lipstorp se equivoca por lo menos sobre la ayuda que Descartes pudo aportar a Faulhaber para resolver las dificultades propuestas por el matemático de Nuremberg, P. Rothen (o Roth): porque éste había muerto ya en 1617. Lo que dicen de las ecuaciones de tercer y cuarto grado tampoco queda bien establecido. De hecho, Descartes no nombra nunca a Faulhaber en su registro. A P. Rothen y B. Bramer sí, pero respecto de un compás cómodo para transferir figuras: es la más bella de la lista de invenciones, y la tercera, para medir los sólidos, podría remitir al opúsculo sobre sus elementos.⁶

Por lo menos, el registro, en el otro sentido, en la sección de las *Olímpicas*, revela que durante el invierno de 1620–21 Descartes no sólo se absorbió en trabajos científicos. Leibniz debió de seguir en su copia la sucesión de las páginas en una misma sección, y después de la fecha del 23 de setiembre aparece^a una serie de seis fragmentos que exploran las alturas del Olimpo con más amplitud que el año anterior. Después de los sueños, Descartes esbozó algunas reflexiones sobre la figuración sensible de las realidades espirituales. Y admiraba el poder de la imaginación de los poetas, que las hacen fulgurar, mientras que los filósofos las enuncian pesadamente. Esta vez, muy probablemente hacia el aniversario de noviembre, esboza con el ímpetu de los poetas una visión de conjunto sobre estas correspondencias entre lo espiritual y las figuras sensibles. Es cierto que nos hallamos muy lejos de la futura metafísica cartesiana; y la meditación se alza hasta los más grandes misterios de la teología. Desde la primera nota, a la unidad de la potencia activa en las cosas se le llama amor, caridad, armonía. Algunos ven en esto una tendencia panteísta, pero si actúa en las cosas, no por ello les es inmanente. La equivalencia amor-caridad remite a lo que para un cristiano expresa mejor la esencia de Dios, gracias a quien todo concuerda. Y las tres notas siguientes afirman lo que asegura la trascendencia del Creador, en una «actividad

a. AT X, 218–219.

instantánea», inaccesible al hombre que *vive* en el *tiempo*. Luego Descartes medita sobre el misterioso principio del *Génesis* bíblico, que plantea la separación de la luz y las tinieblas antes de la creación de los astros. San Agustín superó esta paradoja viendo la separación de los ángeles buenos y los malos, también ausente de este principio. Pero las tinieblas son una noción negativa, simple privación de luz, cosa que excluye una interpretación literal. Descartes concluye: «Dios es inteligencia pura» (o: «La inteligencia pura es Dios»). En 1637, resumiendo lo esencial de su metafísica en la cuarta parte del *Discurso del método*, accederá a Dios como inteligencia pura (y no como causa del mundo material). Y hasta su conversación de 1648 con el estudiante Burman se guardará de especular demasiado sobre los ángeles. Aquí ni siquiera examina si son inteligencias puras: afloran temas o se rodean, que preparan de lejos las futuras meditaciones. Sirven^a descubrió que la conclusión «Dios es pura inteligencia» se encuentra textualmente, a propósito de estos primeros versículos del *Génesis*, en el comentario de una Biblia latina aparecida en Douai en 1617: así se excluye la interpretación literal de un espíritu puro que este texto crea con palabras... Descartes, instalado en los Países Bajos, dirá haberse llevado de Francia un «Santo Tomás» (que con toda seguridad no tenía en 1620) y una Biblia:^b quizá la llevara ya con él en 1618. O quizá la encontró en este lugar sin precisar donde pasó un segundo invierno en Alemania. El siguiente fragmento enumera tres «*mirabilia*» que tienen más de milagro que de los fenómenos que nos sorprenden. Se vislumbra la expresión de lo infinito en lo finito con la oposición del Dios, totalmente positivo, y de la «nada» (*ex nihilo*), de donde hace surgir la Creación; luego el misterio del «libre albedrío», que en la cuarta Meditación y más tarde revelará la presencia de un infinito en el hombre finito; y por último «el Hombre-Dios», centro de este cristianismo al que Descartes se adhiere profundamente, sin especular sobre los oscuros datos de la teología.

Las dos últimas notas^c hacen referencia al conocimiento que

a. P. 145.

b. A Mersenne, 23 de diciembre de 1639; AT II, 630.

c. AT X, 218–219.

el hombre tiene de las cosas naturales, siempre a partir de una analogía con lo sensible. Descartes entonces está muy lejos de admitir la posibilidad de un pensamiento sin imágenes. Y «por ciertas acciones muy perfectas de los animales, sospechamos que no tienen libre albedrío». Éste, uno de los tres *mirabilia*, establece una separación entre el hombre y el animal, sin que éste último se conciba como una pura máquina tampoco. En las notas posteriores, llamadas «Cartesius»,^a Descartes subrayará que los animales, como se mueven únicamente por su impulso natural (que mencionaba en el *Compendio de música*), nadan espontáneamente. El hombre, como vacila, debe aprender a mantenerse en equilibrio en el agua.

Estos pocos fragmentos de los *Olympica* ocupan unas veinte líneas en caracteres grandes; su densidad es considerable: Descartes no es un sabio como los demás, sino un pensador que quiere situar al hombre entre Dios y los animales.

Para elaborar estos «pensamientos» destinados a permanecer «privados» (según el título propuesto por Foucher de Careil en su edición, en 1859), Descartes debía de estar tranquilo y generalmente solo durante la mayor parte del invierno. Pero, alguna vez en sus «viajes» del verano anterior, y quizá del siguiente antes de volver a Francia, ¿se alistó en algún ejército? Baillet dice que utilizaba la «bandolera» (insignia del soldado) «como pasaporte que le daba acceso hasta el fondo de las tiendas y las trincheras para satisfacer mejor su curiosidad». ^b El *Comentario* del padre Poisson sobre el método habla de «Memorias» que habría «hecho en la guerra», puesto que «llevó las armas» durante «dos o tres años». ^c Esto parece mucho. Pero así podría haber atravesado zonas difíciles, con la libertad que tenía siempre el voluntario de separarse. Después de elegir otro camino, ¿seguiría deseando tomar parte en batallas para probarse?, incluso si tenía mayores deseos (anticipados en la primera parte del Discurso) de «ver cortes y ejércitos», ^d cosa que se hace realidad después de la primavera de 1620: «rodar aquí

a. AT XI, 650.

b. I, p. 99.

c. AT X, 255-256.

d. AT VI, 9.

y allá en el mundo, intentando ser espectador más que actor»; ^a esto no excluye que de vez en cuando también fuera actor. El «Ballet para el nacimiento de la paz» evoca los horrores de la guerra. «Vio [...] una coraza doblada por una bala de cañón, sin que el que la llevaba resultara muerto.» ^b Y estuvo al lado de ese «gendarme» (u hombre de armas) que volvía de «una revuelta: durante el calor del combate, pudo haber sido herido sin darse cuenta; pero ahora que empieza a enfriarse, siente dolor, cree estar herido: llaman a un cirujano, le quitan las armas [...] y por fin descubren que lo que sentía no era más que un bucle o una correa que se había pillado bajo las armas, lo presionaba y lo incomodaba». ^c He aquí una escena tomada sobre el terreno y que nos hace lamentar que se perdieran estas «Memorias» de guerra...

* *

De su regreso a Francia tampoco se sabe mucho más: aunque, con Adam, se relaciona con su marcha de los Países Bajos en 1619 la aventura con los marinos, nos podemos preguntar si no pasó por Estrasburgo: el 8 de octubre de 1629, le habla a Mersenne del «Canto del gallo en el reloj de Estrasburgo» y, el 18 de diciembre, de la torre de la catedral, ^d Adam y Milhaud, al presentar esta hipótesis, ^e conjeturan que este regreso tuvo lugar en 1620, porque el 30 de setiembre de 1640 Descartes escribió que por su amigo Le Vasseur (por tanto en París) «conoció de reputación» al matemático Dante «hace veinte años». ^f Añaden que cuando, en setiembre de 1620, proyectaba encontrar librerías para publicar un tratado antes de Pascua, debía de pensar en París, cosa que es admisible. Pero el texto promete *acabarlo* antes de esta fecha, ^g lo cual implicaría solamente que después volvería a Francia a buscar editor. Además, si volvió antes del

a. 3; AT VI, 28.

b. A Mersenne, 28 de octubre de 1640; AT III, 209.

c. *Mundo*, cap. 1; AT XI, 6.

d. AT I, 25, 95.

e. *Corr.*, t. 1, p. 23, nota.

f. AT III, 187.

g. AT X, 218.

verano de 1621, al final de setiembre de 1640 se pueden sumar estos dos años y los intermedios para conseguir esos «veinte años», fórmula que Descartes usa en varias ocasiones. De este modo habría vivido en seguida en París, y habría conocido (no se sabe cómo) a este Le Vasseur, que gusta de recibir a sabios y en cuya casa se alojó hasta que empezaron a importunarlos las visitas de los curiosos y se marchó sin dejar dirección... Baillet relata esta historia después del regreso de Italia; es más verosímil cuando Descartes se hace cada vez más famoso y no lo es cuando la desdobra en la estancia imaginada antes de la primera partida para los Países Bajos.⁷ Afirma también antes de 1617 las relaciones científicas de Descartes con Mersenne y Mydorge. Y como retrasa la estancia en París a la vuelta de Alemania, reduciéndola al mínimo, no tenemos ninguna indicación sobre el principio y la ocasión de estas relaciones. Creía que Descartes y Mersenne eran amigos desde el colegio; se llevaban diez años, y Mersenne, que ingresó desde que se abrió en 1604, para la clase de retórica y luego los tres años de filosofía, probablemente no se relacionaría con el joven René, que fue de los pequeños a partir de 1607. Mersenne ingresó en los Mínimos, fue cura en 1613, enseñó filosofía y teología cerca de Nevers; luego fue a París en 1619, en el convento de la plaza Royale (un ejemplo más para Descartes de la perfección de una arquitectura de conjunto). Ya en 1623, Mersenne publicaba una gran obra en latín (de más de mil doscientas páginas): estas *Preguntas más célebres sobre el Génesis* constituyen una especie de enciclopedia. Descartes estaba en Italia cuando apareció el gran texto apolo-gético que denunciaba la *Impiedad de los deístas, ateos y libertinos* (junio de 1624; cerca de mil quinientas páginas). Por Le Vasseur pudo quizá Descartes (sin que tengamos ninguna certeza) relacionarse rápidamente con el que más tarde sería su principal corresponsal y su intermediario con el mundo docto de la época. Está claro que a su regreso de Italia Descartes forma parte de su entorno intelectual.

Baillet sabía que, en 1622, Descartes fue con su familia. En Rennes, el 3 de abril firma un acuerdo con su hermano mayor que le dio poderes para vender (con un precio mínimo) unas casas o tierras procedentes de las sucesiones de su abuela materna, de su madre y de una tía. Baillet precisa estas ventas, en-

tre ellas el «feudo módico pero noble del Perron» y añade: «con los derechos señoriales»,^a que es mucho decir. Descartes, que se había presentado con ese nombre a Beeckman, lo llevará aún mucho tiempo después de la venta.⁸

Con respecto al año 1623, Baillet habla bastante ampliamente de un manuscrito titulado *De studio bonae mentis*, que quizá se juzgó menos importante que los que Descartes conservó, puesto que no figura en el inventario de Estocolmo. Tenemos algunas citas sobre el deseo que tuvo Descartes de informarse sobre los Rosacruces.^b Mersenne acababa de plantear el tema en sus *Preguntas sobre el Génesis*. Baillet indica igualmente, sin dar cita, que este *Ejercicio del buen entendimiento* acercaba la memoria ordinaria a los sentidos y la imaginación, con un apoyo corporal, y distinguía una memoria completamente intelectual «que depende sólo del alma». Pero cuando Baillet vuelve a hacer una distinción entre los estudios de imaginación (llamados meditación) y de entendimiento (o contemplación), mezcla tantas alusiones a cartas muy posteriores que no se puede decir si, en estas primeras reflexiones sobre las facultades de conocer, Descartes ya empieza a hacer una separación entre su unión con el cuerpo y la posibilidad de un pensamiento puro. Baillet menciona también las *Reglas para dirigir el ingenio*, cuya redacción, que nos ha llegado inacabada, debe de ser en su mayor parte posterior al regreso de Italia. Las primeras parten del gran descubrimiento inicial de la unidad de la ciencia, siempre subordinada, en sus distintas reflexiones, a la dirección que damos a este «buen entendimiento» (*bona mens*) «o [...] razón», cuya universalidad abrirá el *Discurso del método*. Mientras que el sabio progresa en el enunciado de problemas y sus soluciones, el filósofo remonta a su condición: la forma en que dirigimos nuestro entendimiento.

En París, sobre todo en los principios, Descartes debía distraerse con lo que más tarde llamará «el juego de las conversaciones inútiles». ^d Quizá escribió entonces el pequeño tratado

a. AT I, 1 y 2.

b. AT X, 193-194, 196, 200.

c. AT X, 200-201, con referencia a las páginas 7-8 del manuscrito.

d. A Mersenne; AT I, 21.

De la esgrima, perdido. Baillet lo menciona en la fecha en que Descartes, antes de partir para Breda, estaba con su familia «ejercitándose en las armas». Seguirá fiel a este ejercicio durante mucho tiempo, puesto que en los Países Bajos también tendrá un maestro de armas. Baillet sitúa a su regreso de Italia el duelo en que ese caballero elegante, cuyo color preferido era el verde, habiendo desarmado a su adversario, lo perdona por los hermosos ojos de la dama que había provocado tal rivalidad. Si este duelo hubiera tenido lugar después del regreso de Alemania, Descartes hubiera infringido el edicto real que prohibió los duelos en agosto de 1623: en este caso, ¿había que conformarse a las leyes o las costumbres? Pero se ignora la fecha de esta manifestación de «generosidad», tan apreciada en aquella época.

* *

En marzo de 1623, Descartes se enteró de la muerte del marido de su madrina, el señor Sain, que, después de haber sido controlador de los impuestos en Châtellerault, fue comisario general de los víveres para el ejército más allá de los Alpes. Era la ocasión de hacer este viaje a Italia, anteriormente aplazado. Es curioso que Baillet empleara dos veces la palabra «pretexto»: se proponía «aprovechar esta ocasión para que, si era posible, le dieran el cargo de intendente del ejército».ª Entonces se dedicó a vender algunos bienes y partió en setiembre. Aquí de nuevo lo ignoramos todo, no sólo de las posibles gestiones para que le dieran este puesto y de las dificultades que encontraría, sino incluso del trayecto que siguió Descartes. Los biógrafos lo hacen ir a Venecia para los esponsales del dux con el Adriático, a Roma para la apertura del año santo el 25 de diciembre de 1624; y, naturalmente, la mayoría piensa (salvo los que, con la misma arbitrariedad, lo niegan) que hizo la peregrinación a Loreto.

Seguramente, Descartes en el colegio leyó *El peregrino de Loreto*: el padre Richeome empezaba contando cómo en el siglo XVI, los ángeles —después de algunos siglos de ocupación

a. ATI, 3.

por los infieles— habían robado de Nazaret la casa de la Sagrada Familia, para transportarla primero a la orilla derecha del Adriático, y luego, al otro lado, encima de Ancona, en un lugar más favorable para convertirse en «uno de los más célebres» lugares de peregrinación «de la Cristiandad».ª Con este deseo, Descartes manifiesta «una alma más ingenuamente religiosa, más simple [...] de lo que estamos dispuestos a creer».b Lo esencial es aumentar la devoción y, decía Richeome, «hacer penitencia soportando pacientemente las incomodidades del camino»,c cosa que le dio la idea a Descartes de hacerlo a pie: «como el verdadero peregrino no deja de andar mientras es peregrino [...] el verdadero cristiano debe siempre avanzar en la perfección».d Richeome, sin precisar el punto de partida, preveía tres semanas para ir, con una meditación cada día, una piadosa estancia de nueve días y luego diez para el regreso. «El verdadero peregrino [...] elige el camino más corto y el más seguro»: es casi la segunda máxima de la moral por provisión; «siempre atento a su fin», «sin detenerse» en todas las curiosidades «que se ven al pasar».e Por lo menos, si Descartes —como queremos creer, dada la duración de su estancia en Italia— realizó esta peregrinación, con los sentimientos de piedad que se había propuesto, al llegar tendría la alegría de admirar una obra de arte arquitectónica, esta larga plaza de Bramante, que llamaba las procesiones, hasta la iglesia que contiene la casita simbólica, escondida bajo los dorados y los exvotos. En la época en que Descartes pudo haber ido, la cúpula estaba adornada de frescos que representaban a los cuatro evangelistas.f La meditación insiste en el más grave de los pecados, «el orgullo», como «apetito desordenado de excelencia». Para hacer la voluntad de Dios, habrá que someter este deseo de excelencia a lo que quiera mandar.

Que Descartes pasara por Venecia parece seguro, aunque no tengamos reflejo de sus impresiones. Como más adelante

a. Ed. 1604, p. 23.

b. Milbaud, *Desc. sav.*, p. 63.

c. 1604, p. 108.

d. *Ibid.*, p. 227.

e. *Ibid.*, pp. 108, 227, 162.

f. *Ibid.*, p. 324.